



TEXTO Y FOTOGRAFÍA: MARÍA EMILIA PASTORMERLO

AUTO-ETNOGRAFÍA DE UNA MIRADA, EN TRANSFORMACIÓN:

DE LO BIOLÓGICAMENTE SESGADO A LA COMPLEJIDAD
SOCIO-CULTURAL DE LAS PRÁCTICAS ALIMENTARIAS

Comienzo estas notas auto-etnográficas pensando en mi elección de carrera de grado. Hoy lo veo más claro que aquel día que me decidí por la Licenciatura en Nutrición. En ese momento, con dieciocho años, sólo sabía que Biología era una de mis materias favoritas y el cuerpo humano me resultaba fascinante: células que interconectadas entre sí forman tejidos, esos tejidos, órganos y conjuntos de órganos que forman sistemas. Y lo más sorprendente de todo, sistemas comunicados entre sí con el fin último de que un cuerpo se mantenga con vida.

Siempre me interesó el cuerpo humano, quizá a mis trece/catorce años este interés provenía de algo mayormente fantasioso o más bien ficcionado, me la pasaba viendo series relacionadas a la temática: desde “Grey’s Anatomy” (que más bien se trataba de una serie un tanto novelesca) hasta “Dr.House”. Sumado a, como decía anteriormente, un mayor interés por las “Ciencias Naturales”.

Inicié la Licenciatura y mi curiosidad por el funcionamiento del cuerpo se intensificó. El primer año la currícula se compone de materias como Bioquímica, Anatomía, Fisiología, entre otras. Es decir, comencé a estudiar y comprender al cuerpo desde su unidad más mínima y las reacciones químicas que en él suceden, la ubicación y característica de los tejidos-órganos-sistemas y sus funciones y formas de funcionamiento. Nada está librado al azar, todo interconectado funciona o, más bien, busca funcionar equilibradamente. Si algo falla mínimamente, el cuerpo busca volver a equilibrar su funcionamiento, excepto que esa falla sea más grande o se mantenga por un período de tiempo más prolongado, lo que resulta en un cuerpo enfermo.

Me recuerdo gratamente sorprendida al descubrir todo este funcionamiento del cuerpo, cuanto más profundizaba y el conocimiento se complejizaba, todo se me volvía más y más fascinante. En cuanto a esto, siempre cuento un simpático intercambio que tuve con mi hermana. Ella estudiaba arquitectura y muchas veces me quedaba hasta tarde ayudándola con el armado de maquetas. En una de esas largas noches, con música de fondo que buscaba mantenernos despierta y extensas charlas, le contaba todo esto que estaba aprendiendo y concluía: “¡Qué fascinante!, ¿no? Cada órgano-sistema con su función e interconectado con otros sistemas y si algo falla, automáticamente se suceden reacciones que intentan equilibrar todo eso”. A lo que ella me contestó: “¡Re loco que todos esos órganos entren en un cuerpo!, ¿no?”. Cada una desde su mirada sesgada.

Los años de formación siguieron y las materias que se iban sucediendo acrecentaban la complejidad del conocimiento y/o entendimiento en términos netamente biológicos: ¿cuántas calorías necesita un cuerpo diariamente para mantenerse saludable?, ¿qué tipo de alimentos necesita un cuerpo para mantenerse sano y prevenir enfermedades?, ¿qué debe comer o qué alimentos debe evitar si se padece una enfermedad en particular?, ¿cuántas horas diarias de ejercicio debe realizar?, ¿con qué frecuencia semanal?, ¿qué peso es saludable?, ¿qué IMC es considerado peso normal? Debo confesar, que en ese momento, todo me parecía bastante lógico, todo cuadraba. De hecho, escribiendo estas líneas, irrumpe en mi mente algo que me dijo una profesora antes de rendir un final de fisiopatología:

“El acto alimentario lejos está [...] de llevarse a cabo bajo la lógica única de suplir una necesidad biológica. No comemos nutrientes, comemos alimentos cargados de significaciones e implica una práctica profundamente influenciada por factores culturales, emocionales, comunicacionales, económicos, sociales y políticos.”

“para todo tiene que haber una fundamentación”. Más adelante explicaré o se terminará de comprender por qué traigo este comentario a colación.

Cuando finalicé mi carrera de grado, decidí cursar una especialización en obesidad. Una vez más me encontraría con la misma lógica, el cuerpo tomado como algo que gana y pierde energía y estudiado bajo valores estrictamente cuantitativos, el cuerpo-máquina¹ aunque también habría una cuota de materias relacionadas a las emociones. Al igual que en la currícula de la carrera, estas eran mínimas. Para recibir el diploma de esta especialización, se requería de la presentación de un pre-proyecto de investigación relacionado a la temática. Para ese entonces, había concurrido al encuentro de mujeres llevado a cabo en la ciudad de La Plata. Entre los talleres que se ofrecían había uno que se denominaba: “Mujer y activismo gordx”. El mismo se superponía con otro al que quería asistir, pero me quedó resonando. Al retornar, me puse a investigar sobre el *activismo gordo* y lo que encontré fue un gran cuestionamiento hacia el ejercicio de mi profesión y al médico en general. De alguna manera, lo que ya me venía haciendo ruido en muchos sentidos, este grupo de

personas lo cuestionaban a viva voz y de forma colectiva. Los cuestionamientos son varios, me limitaré a aquellos que se condicen con los objetivos del presente escrito: la objetividad representada en un valor ideal que resulta en una “normalización de los cuerpos”, una “cultura de la dieta”, que instaura una dualidad del bien/mal, normal/anormal y como resultado de los puntos mencionados, el entendimiento de la “gordura” de manera unidireccional abstraída de cualquier tipo de complejidad social (clase, condiciones de vida materiales, raza, diversidad funcional, edad, etc.) y un modelo de adecuación alimentaria que no visibiliza la contracción económica que se suspende en ella: algunos comen lo que pueden, otros lo que tienen y muchos lo que está disponible.²

Por ese entonces, ya recibida y con matrícula, comencé a atender consultas en un consultorio privado. Durante este ejercicio, emergía de forma clara la contracara de un discurso que había estudiado durante años y al que inconscientemente o no, había estado expuesta, y vale remarcar que, en condición de mujer, toda la vida. Lugar que, resignificándolo, se tornaba cada vez más incómodo, inadecuado. Dicha contracara se materializaba en concepciones, afirmaciones, ideas y cuestionamientos tales como: “¿éste alimento se puede comer?”, “¿éste alimento engorda?”, “¿éste alimento es saludable o no?”, “cuántos kilogramos debería bajar para estar saludable?”, “calculé mi IMC y tengo sobrepeso”, “tengo mucho miedo de comer todas esas cosas que tanto me gustan ya que siento que voy a engordar”, “estar saludable es estar flaca”, “sé lo que tengo que comer pero no sé cómo”, “comer cosas dulces me da culpa”.

Fue tras estos dos momentos bisagra y a la pregunta de mi tía Alicia Matiazzi —médica investigadora— sobre si había considerado dedicarme a la investigación, que decidí enfocarme en el estudio de las prácticas alimentarias. Me decidí y comencé a escribirle a distintos grupos que trabajaban temáticas relacionadas a las de mi interés. Un día, alguien me respondió y me puso en contacto con una investigadora, Aldana Boragnio; que según me dijo, le iba a interesar lo que me proponía trabajar, ella era (es) socióloga e investigaba “las prácticas alimentarias y emociones”. Luego de una primera reunión, en la que intercambiamos las distintas inquietudes y cuestionamientos que nos hacíamos sobre la temática, me invitó a sumarme a su grupo de investigación, integrado por otra socióloga y una economista.

Este nuevo camino comprendió una exposición y una complejidad que implicó desarmar y reagrupar conceptos y creencias, y muchas veces, desandar el camino anterior. Conllevó posicionarse en un lugar incómodo y en el que, afortunadamente, no todo siempre cuadra y siempre queda alguna pregunta por responder. Es decir, mi mirada anterior se vio puesta en jaque, la fundamentación unidireccional que me reclamaba mi profesora ya no es una única respuesta posible.

El acto alimentario lejos está de ser o, más bien, de llevarse a cabo bajo la lógica única de suplir una necesidad biológica. No comemos nutrientes, comemos alimentos cargados de significaciones e implica una práctica profundamente influenciada por factores culturales, emocionales, comunicacionales, económicos, sociales y políticos. Es preciso comprenderlo y sobre todo mirarlo, desde todas estas aristas.³

Concluyendo, la complejidad enunciada y las diferentes aristas que la componen, me recuerdan algo que omití enunciar al inicio del escrito. Previo a elegir la carrera Licenciatura en Nutrición, comencé a estudiar Psicología, dato que creo, no menor, y el cual me da pie a expresar: la complejidad que me comprometo a estudiar, observar, descubrir y conocer se condicen mejor y me reflejan quién soy, una persona con varios intereses y poco proclive a aceptar una única respuesta o factor posible. Todos los caminos transitados a nivel personal y profesional y a su vez, el trabajo colectivo e interdisciplinario han dado como fruto la construcción de una mirada más integrada y holística, ya no sesgada; la necesaria para abordar una temática tan compleja como las prácticas alimentarias.

- 1 Le Mettrie, J. (1962). *El hombre máquina*. Buenos Aires: Eudeba.
- 2 Contrera, L. & Cuello, N. (2016). *Cuerpos sin patrones: Resistencias desde las geografías desmesuradas de la carne*. Editorial Madreselva.
- Canguilhem, G. (1971). *Lo normal y lo patológico*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Gracia-Arnaiz, M. (2007). Comer bien, comer mal: la medicalización del comportamiento alimentario. *Salud Pública de México*. 49(3), 236-242. Recuperado en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10649309>
- Contreras, J. & Gracia, M. (2005). *Alimentación y cultura: Perspectivas Antropológicas*. Barcelona: Editorial Ariel
- 3 Demonte, F. (2018). Dime qué lees y te diré cómo deberías comer. Análisis de las recomendaciones alimentarias en la prensa argentina (2009-2014). *La Trama de la Comunicación*, 22(2), 35-54. Recuperado en: <https://www.redalyc.org/journal/3239/323957656002/html/>
- Contreras, J. & Gracia, M. (2005). *Alimentación y cultura: Perspectivas Antropológicas*. Barcelona: Editorial Ariel
- Gracia-Arnaiz, M. (2007). Comer bien, comer mal: la medicalización del comportamiento alimentario. *Salud Pública de México*. 49(3), 236-242. Recuperado en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10649309>
- Boragnio, A. (2020a). Las emociones del comer cotidiano: mujeres entre el asco, la culpa y la vergüenza. *Polis (Santiago)*, 19 (55), 86-110. <https://polis.ulagos.cl/index.php/polis/article/view/427/331>
- Boragnio, A. (2020b). Gusto y prácticas del comer: entre el cuerpo y las emociones. *Boletín Científico Sapiens Research*, 10(2), 46-52. Recuperado en: https://www.academia.edu/100045524/Gusto_y_Pr%C3%A1cticas_del_comer_entre_el_cuerpo_y_las_emociones
- Aguirre, P. (2017). *Una historia social de la comida*. Buenos Aires: Lugar Editorial.

